

La Tenacidad



Yo pude haber sido alegre, inmundés, digniteco y hasta prosperita, pero mi madre quiso que naciera en su pueblo natal:

—Se lo prometí a mis padres. Nacerás en La Tenacidad.

Me decía ella, mientras yo, en su interior, pensaba en que a mí la verdad no me importaba si nacía en un pueblo o en otro. Lo que yo quería era nacer, pero ya. Quería saber qué eran todas esas cosas que se contaban mis padres y que se oían tan extrañas: el sol, las casas, los insoportables insectos, pero sobre todo: el destino y la incierta situación económica. Por eso yo empujaba como podía con mis piernas y brazos.

—Aguanta otro poquito, hijo...

Oía entonces cómo mi padre le decía:

—Pero mujer, ¿qué caso tiene todo esto? Vamos a un hospital, ahorita. Nada más hay que decirle al chofer que frene.

—¿Y que mi hijo sea alegre, Francisco? No, de ningún modo. Él será tenacitino, como mi padre, mi madre, mi hermano y yo. La gente de La Tenacidad siempre aprovecha las oportunidades y logra lo que se propone; por eso es respetada por todos. En La Tenacidad toda la gente da frutos. Mi hijo cultivará el maíz en mi pueblo natal como toda mi familia lo ha hecho siempre.

La verdad yo no quería sembrar maíz, ni me interesaban las oportunidades o el respeto. Yo sólo quería nacer, y si no me apresuraba, no podría saber lo que eran un chofer inconsciente y un camión destartado (que habían sido tan mencionados durante todo el viaje). Por eso, desde antes que llegáramos al pueblo de La Alegría, me había propuesto empujar con fuerza cada ochocientos latidos, luego lo haría cada cuatrocientos, y así, hasta que mi mamá entendiera mi ansiedad por ver el mundo. Es cierto que estaba en un lugar muy cómodo, pero yo ya llevaba (por lo que les había oído decir a mis padres) casi nueve meses ahí, ¿y quién puede soportar nueve meses en el mismo lugar?

Pero mi mamá persistía en su plan, y cada vez que yo daba una patada o un manotazo, decía:

—Mira, hijo, no insistas. Vas a nacer en La Tenacidad y punto. Se lo prometí a mi padre.

Escuché que papá le respondía:

— Mejor no recuerdes a tu padre, Amalia. Ya sabes lo que te pasa. Cuenta hasta doce.

Cada vez que mamá recordaba a su papá, perdía la vista por unos minutos, o sea que se quedaba como yo: sin saber cómo era el mundo. No sabía por qué pasaba esto, pero cada vez que sucedía, yo sentía cómo ella hervía en su interior, y eso era muy incómodo para mí. Lo bueno fue que papá descubrió que contando hasta doce mi mamá podía controlar su enojo y quedarse ciega sólo por unos momentos.

Según mi padre, todavía faltaba medio día de camino para llegar al pueblo. En ese momento no tenía idea de cuánto era medio día, pero me sonaba a que tal vez faltaban otros nueve meses. Además, con el golpeteo constante del camión destartalado en el que íbamos, yo la verdad estaba cada vez más harto.

Y así fue todo el viaje.

Cuando pasamos por La Dignidad mi mamá respiraba con fuerza, yo pateaba y mi papá decía:

— Aquí, Amalia.

— De ninguna manera. Todo menos digniteco.

Cuando llegamos a La Inmundicia:

Yo manoteaba y mi padre discutía con mi madre:

— Vamos, ya casi estamos en La Tenacidad.

—Nadie es “casi tenacitino”. A los inmundeses les apesta la boca y la educación.

Y así fue también al pasar por La Prosperidad. Mi mamá sudaba, respiraba contando hasta doce y amenazaba a mi padre con algo llamado divorcio si se atrevía a decirle al chofer que detuviera el camión. Mientras tanto, yo había decidido ahora golpear con la cabeza. Mi mamá intentaba calmar mis ganas de salir contándome todo lo que veía a través de la ventana del camión. Me habló de cosas que sonaban muy bien: tres vacas pastando, la niebla deslizándose por la montaña, el sol hundiéndose como una cereza en una suave gelatina y las nubes pintadas de color uva. Sí, sí. Todo se oía muy bien. Pero ya estaba harto de tantas palabras, ya me sabía demasiadas, ahora lo que quería era ver cómo lucía todo. Tampoco quería seguir oyendo todo el tiempo los pensamientos de mamá (ya hasta sentía que pensaba como ella). ¡Me urgía salir de ahí! Pero mi madre era muy terca y no parecía percatarse de mi impaciencia. Pronto me cansé de tanto manotear y me di cuenta de que lo mejor era darle gusto y aguantar otro poco. Pero eso sí, yo ya estaba decidido, en cuanto el camión llegara a La Tenacidad, yo nacería; yo también tenía mis derechos.

Así que pacté una tregua con mi madre justo cuando me hablaba de lo maravilloso que era su pueblo natal:

—Las tierras de mi familia se llaman Los Maizales, y en otoño son como un mar dorado que se mueve al ritmo del viento que pasa cargando hojas secas. No falta mucho para que las veas, hijo.

Las últimas palabras que escuché desde el vientre de mi madre fueron dichas por el chofer del camión: “Bienvenidos a La Tenacidad”. Al oírlas empujé con todas mis fuerzas: uno, dos y... tres.

Un baño de agua tibia salió del interior de mi mamá y fue tal la cantidad que comenzó a invadir todo el camión, que el chofer tuvo que frenar y abrir la puerta para que nadie se ahogara. Unos minutos después, mi padre y un resplandor extraordinario me recibieron. Tomé mi primer respiro de aire tenacitino y justo cuando lloraba por el esfuerzo, en brazos de mi madre, ella gritó a todos los empapados pasajeros del camión:

—Todos ustedes son testigos, mi hijo ha nacido en el pueblo donde todo crece: el hermoso pueblo de La Tenacidad.

De inmediato yo intenté ver a mis padres, y aunque todo estaba muy borroso (hay que recordar que acababa de nacer), pude distinguir por fin lo que mi papá había descrito en mi mamá como una boca delicada, una nariz respingada, una piel

apiñonada, un cabello negro lacio, unos ojos ligeramente alargados y una barbilla que reflejaba su firmeza de carácter. Mamá era atractiva. A mi padre, por su lado, mamá lo había descrito varias veces como de rostro apacible, nariz larga y recta, ojos, bigote y cabellos del color del maíz maduro. Sí, el rostro de papá también me agradaba. Eso fue lo primero que hice al llegar a La Tenacidad; lo que hicieron mis padres fue conseguir un papel que decía que yo había nacido ahí, lo cual tenía muy orgullosa a mi mamá. Ella no sabía leer y sin embargo miraba y miraba el papel. Yo no comprendía cómo le podía emocionar tanto algo que no entendía. Claro que en cuanto pude ver las primeras “borrosas” imágenes de su amado pueblo entendí por qué mi madre insistía tanto en que yo naciera ahí. Todo el lugar estaba cubierto de campos cultivados. A donde uno dirigiera la mirada podía ver árboles llenos de frutos y flores. Y había de todo. Escuché que mi mamá le decía a papá que había desde plátanos hasta berenjenas, y desde sandías hasta ejotes.

Mamá no quiso que tomáramos siquiera un momento de descanso. Quería llegar cuanto antes a la tierra de Los Maizales, aquella que sus papás —o sea mis abuelos— le habían dejado. Y como siempre se hacía lo que decía mi mamá (ella había decidido que yo nacería en su pueblo,

ella había decidido que debíamos trabajar la tierra en La Tenacidad y también había decidido que yo me llamaría Bruno), papá tomó las maletas y comenzamos el recorrido.

Para llegar hasta Los Maizales, según escuché decir a mis padres, tuvimos que pasar por muchos sembradíos y huertos. Yo en ese momento no sabía cómo se veía un mar dorado, pero en cuanto vimos las tierras de la familia de mi madre me encontré ante lo único triste y desolado de toda La Tenacidad. No había nada. Era un llano enorme, totalmente desierto y polvoriento. Mi madre dijo con tristeza mientras me acomodaba en sus brazos:

—Esto no puede ser Los Maizales.

Mi padre se inclinó a tomar un viejo letrero que estaba tirado en el suelo y que leyó: “Los Maizales. Donde siempre encontrará el mejor maíz”. Entonces se levantó apenado y miró al frente:

—Mira, Amalia. Ahí está la casa de la que tantas veces me platicaste.

Ella sonrió y le dijo:

—¿Lo recuerdas?

Mi papá no dijo nada, y supuse que él también le había sonreído, pero no lo pude ver porque en ese momento mi mamá me había cubierto el rostro con su rebozo.

Cuando las mamás que aún no son mamás tienen ganas de platicar y resulta que no está su

esposo cerca, suelen hablar con el hijo que está en su vientre. Así me pasó. Mi mamá alguna vez me contó que mi papá, antes de conocerla, tenía una muy mala memoria y que todo lo olvidaba, pero que en el momento de conocerse, ella le preguntó si la recordaría y él dijo: “Jamás podré olvidar ese hermoso rostro”. Ya sé que se oye cursi, pero eso le dijo y realmente él ya no olvidaba las cosas como antes, y eso era algo que hacía muy feliz a mamá.

Papá no era el único que recordaba lo feliz que había sido su esposa en la casa de su infancia, a mí también me lo había contado.

Mis padres caminaron todavía un buen trecho sobre ese terreno para llegar a la que era la vieja casa de mis abuelos. Estaba ansioso por verla. Pero al descubrirme mi madre el rostro pude ver, por su expresión, que no era lo que ella esperaba encontrar. La casa era tan sólo un edificio viejo, limitado por cuatro paredes grises, sin puertas, con apenas medio techo y con un fuerte olor a humedad.

Mi papá dijo entonces:

—¿Y Luis?

—Se supone que nos esperaba para entregarnos las tierras.

—Tal vez llegamos un poco tarde.

En ese momento no supe quién sería ese tal Luis, pero era obvio que no estaba por ahí. Mi

mamá, que nunca se dejaba vencer por nada, sólo dijo:

—En realidad él no tenía la obligación de estar aquí — hizo una pausa y continuó—. Bueno, hay mucho que arreglar. Yo me haré cargo de la casa, y tú, Francisco, del campo.

Mi papá miró hacia el gran llano y quitándose el sombrero se limpió el sudor. Se arrodilló frente al campo y pasó una mano por el terreno. Mamá le preguntó extrañada:

—¿Qué pasa, Francisco?

Ella se agachó y también sintió la tierra con sus dedos.

Descubrieron que ahí, debajo de una engañosa capa de polvo había algo semejante a...

—Parece un piso de cemento — dijo papá.

Y el piso no estaba sólo en la entrada de la casa. Mamá me acomodó sobre una de las maletas, fue por una escoba y comenzó a buscar los bordes. Papá hizo lo mismo, y después de un tiempo los dos habían cubierto (o más bien descubierta) una buena parte de Los Maizales.

Alguien había convertido el terreno en un gran piso.

Mamá estaba furiosa:

—Primero abandonan Los Maizales y ahora lo cubren de cemento.

Mientras papá pensaba en cómo destruir ese piso, mamá y yo fuimos directo hasta el pueblo. Era claro que deseaba quejarse. Yo estaba contento de no estar ya en su vientre. Podía sentir en su abrazo cómo debía de estar hirviendo de furia por dentro.

No recuerdo a qué oficinas entramos, pero lo que sí recuerdo es al hombre de cara redonda y gran bigote que atendió a mi mamá:

—Desde que tu padre murió, Amalia, nadie ha sembrado esa tierra.

—Eso no es cierto. Mi hermano Luis vino este año a sembrar.

—¿Luis? Él no ha pisado La Tenacidad desde hace dos años.

Esto pareció impresionar mucho a mi mamá porque se quedó callada. Entonces el hombre continuó:

—La Ley de Desuso de Suelo dice en su artículo 12, fracción cuarta, que una tierra que no ha sido sembrada por más de dos años debe pasar a formar parte de la comunidad.

—¿Y por qué la comunidad no usó Los Maizales y siguió sembrando maíz?

—Porque nadie sabe sembrar maíz. Sólo los de tu familia. Todos querían sembrar sus vegetales o sus árboles frutales. Los Pérez querían que se sembraran las famosas uvas que cultivan en

El Vergel; los Jiménez querían que se sembraran las zanahorias que se dan en sus tierras... Todos querían Los Maizales y nadie estaba dispuesto a cederla a los demás. Repartirla era ridículo, así que se hizo lo que la ley estipula para estos casos. Afortunadamente, la ley tiene soluciones para todo: construir una pista de patinaje.

—Pero nadie sabe patinar en La Tenacidad.

—Por eso la encontraste cubierta de tierra y polvo. Pero no te preocupes. Ahora que un miembro de la familia Constantino regresó, podremos volver a tener maíz en La Tenacidad.

—Sí, pero ¿cómo voy a deshacerme de la pista de patinaje?

—Puedes hacerlo tú misma o puedes solicitar que el gobierno de La Tenacidad se haga cargo.

—Pues claro que voy a pedirle al gobierno que lo haga.

—Yo no te lo recomendaría, recuerda que todos en La Tenacidad somos muy... cómo decirlo...

Mamá le ayudó a completar la frase:

—¿Tercos?

—No, Amalia, iba a decir “persistentes”... y tú sabes que el trámite puede tardar mucho.

A mi mamá eso no le importó, ella quería que quitaran la pista de patinaje los mismos que la habían construido. Así que el gordo le proporcionó unas

solicitudes que tenían que ser llenadas por quintuplicado (después me enteré de que eso significaba cinco veces). Ella tuvo que tomar los papeles, ir conmigo hasta Los Maizales a que papá los llenara y regresar para que el trámite empezara cuanto antes.

—Esperemos que en una semana las máquinas vengan a quitarte la pista de patinaje —dijo el hombre mientras comía un perón salido de la huerta de la familia Torres.

Mamá salió furiosa de ahí (creo que hasta vi salir un poco de humo de sus oídos). Y mientras caminaba por la calle, la escuché decir:

—Si tan sólo mi padre le hubiera dejado encargadas las tierras a mi hermano... No sé si voy a poder con esto.

Entonces se detuvo y me di cuenta de que sus ojos se veían raros. Se recargó en una pared y me acarició el rostro sin mirarme. Se había quedado ciega. Había recordado otra vez a su papá y no había contado hasta doce.

Estuvimos un rato ahí mientras a mamá le volvía la vista. De pronto me dijo:

—Nunca odies, hijo. No sabes lo terrible que puede ser.

Mientras regresábamos a Los Maizales me puse a pensar si sería el odio el que le hacía perder la vista a mamá y sobre todo ¿a quién podía odiar?, ¿a su papá?